

Elisena Ménez Sánchez

El tema de la identidad acompaña desde sus raíces a Alexis Carpentier Valmont o Alexis Carpentier Blagoobrasov¹, mejor conocido como Alejo Carpentier. Aunque vio por primera vez la luz en Lausana, Suiza, el 26 de diciembre de 1904, sus padres (un arquitecto francés y una profesora ucraniana) se mudaron, siendo él recién nacido, a la isla de Cuba, país en el que creció, por el que luchó política y culturalmente y del que decidió adoptar su nacionalidad desde muy joven. La confusión sobre su procedencia se debe a que, en diferentes entrevistas, él mismo afirmó haber nacido en La Habana; sin embargo, en sus documentos de estudiante en Cuba se encontró el certificado real de su nacimiento.

Si bien es cierto que un documento avala el origen físico de una persona (mero accidente geográfico), éste no puede legitimar el origen ideológico ni cultural de nadie. En el caso de la literatura latinoamericana esto es frecuente. Cuántos escritores no han nacido en el país de donde deciden ser: Ítalo Calvino, de nacionalidad italiana, nació en Cuba; el mexicano Carlos Fuentes es de origen panameño; el francés José María de Heredia es natural de Santiago de Cuba; Augusto Monterroso es originario de Honduras, pero se ha asumido ante sí y el resto del mundo como guatemalteco; e Isidore Ducasse, el famoso Conde de Lautréamont, es oriundo de Montevideo, la capital uruguaya. Diría el investigador y poeta Virgilio López Lemus: “y habrá más de un escritor nacido en otra parte del mundo, por lo que no dejan de ser del sitio donde desplegaron sus vidas y sus obras. Ese es el caso de Carpentier, tan cubano como el mango, traído de la India”². Siendo que un hombre no es “de donde nace”, sino “de donde se hace”, al asumir la identidad cubana Carpentier lo hizo con la absoluta responsabilidad y el orgullo de sentirse gestado en esa isla donde ideó su cosmovisión de artista latinoamericano o, mejor aún, iberolatinoamericano.

Entre los reconocimientos más importantes que recibió en vida Carpentier, están: el “Premio al Mejor Libro Extranjero”, que le fue otorgado en París en 1956 por su libro *Los pasos perdidos*; la “Orden José Joaquín Palma”, que le dio en 1974 la Unión de Periodistas de Cuba por sus 53 años de labor en la prensa; en 1975 la Universidad

de La Habana le confirió el grado Doctor *Honoris Causa* y en México se le entregó el “Premio Internacional Alfonso Reyes de Ciencia y Literatura”; en este mismo año se le concedió el “Premio Mundial Cino del Duca” en París, destinado a “recompensar [...] a un autor cuya obra constituya [...] un mensaje de humanismo moderno”³; le fue otorgado, también, el reconocimiento “Honorary Fellow” en Estados Unidos en 1976, por la Sociedad de Estudios Españoles e Hispanoamericanos de la Universidad de Kansas; en 1977 recibió en Madrid el “Premio Miguel de Cervantes Saavedra” y dos años después, en París, el “Premio Médicis Extranjero”. Cabe señalar que en 1967 fue nominado al premio Nobel, aunque la Academia Sueca de la Lengua decidió asignar este reconocimiento al escritor guatemalteco Miguel Ángel Asturias.



Además de haber ejercido como reportero, locutor y sonorista en algunos programas de radio en Cuba, París y Venezuela, Carpentier destacó por su labor docente y diplomática para el gobierno cubano. Sus pasos recorrieron un camino de 75 productivos años de vida, hasta que sobrevino su fallecimiento, el 24 de abril de 1980. En su trayectoria artística, no sólo dejó obras que sustentan la actual narrativa latinoamericana, iniciada en la segunda mitad del siglo XX y caracterizada por el énfasis en los juegos temporales, en las perspectivas del narrador y en la exposición que describe y valora situaciones históricas, políticas, culturales, sociales y geográficas del continente americano; Carpentier dejó, además, su visión teórica sobre la identidad latinoamericana, como un “continente” fértil en riqueza natural e ideológica, capaz de maravillar los ojos del mundo entero.

Obras de este autor son: *El reino de este mundo*, *Los pasos perdidos*, *Guerra del tiempo*, *El acoso*, *El fugitivo*, *Concierto barroco*, *El arpa y la sombra*, *El siglo de las luces*, *El recurso del método*, *La consagración de la primavera*, *Tientos y diferencias*, *La novela hispanoamericana en vísperas de un nuevo siglo*, *Razón de ser*, *La música en Cuba* y *La ciudad de las columnas*, que abarcan los géneros de novela, cuento y ensayo; no obstante, también escribió poesía y drama, ejemplo de ello son *La aprendiz de bruja* y algunos libretos de ópera que hizo en colaboración con Edgar Varèse y Françoise Gaillard (único discípulo de Debussy).

¹ Ponencia presentada en el Encuentro Internacional de Artes y Letras realizado en homenaje a Alejo Carpentier por su centenario, en el Centro Hispanoamericano de Artes y Letras, Montevideo, abril de 2005.

² Sobre el segundo apellido de Carpentier existen algunas discrepancias. Lisandro Otero, en dos artículos periodísticos dedicados a la familia materna del novelista, lo da como Balmont; Marta Rojas, al escribir sobre documentos inéditos de Carpentier hallados en Francia, lo transcribe Valmont; y en su expediente de estudios en la Universidad de La Habana, en el certificado de matrimonio de sus padres, aparece como Blagoobrasoff [sic] y con este apellido firma Carpentier en el expediente.

³ Conversación vía correo electrónico.

³ Cita del reglamento del “Premio Mundial Cino del Duca”, extraída del artículo “Sr. Carpentier”, op. cit.

Como escritor y musicólogo, Carpentier obtiene elementos para su obra en diferentes fuentes, como el ambiente familiar, del que extrae la mezcla de culturas, en la que se hace presente lo europeo occidental de sus padres y lo hispánico-africano de la esencia cubana. La experiencia de sus múltiples viajes lo ayuda también a complementar su cosmovisión artística, enriquecida además con el contacto que mantiene con intelectuales de su época. Al respecto, destaca su participación en Cuba en las actividades del Grupo Minorista y en Europa con representantes de los movimientos de vanguardia. En este sentido, Carpentier señala que “el Grupo Minorista respondía fundamentalmente a las aspiraciones de hombres pertenecientes a una misma generación, que sentían una imperiosa necesidad de intercambiar ideas, de informarse, lo mejor posible, de cuantas transformaciones se iban operando, intelectual y políticamente en el mundo”⁴.

En 1927, los minoristas lanzaron un manifiesto en el que se pedía la cooperación, la unión y mutuo conocimiento entre los países de América Latina, ya que para ellos el continente hispanoamericano debía ser una unidad integrada por una especie de internacionalismo revolucionario. También protestaban contra la invasión de sus tierras por los norteamericanos, pedían la reforma de la enseñanza y protestaban violentamente contra las dictaduras. Dicho manifiesto condujo a la prisión de La Habana a tres de sus firmantes, Alejo Carpentier entre ellos, quien durante el encierro empezó a escribir su primera novela: *¡Écue-Yamba-Ó!* (que significa: ¡Dios, loado seas!). Posterior a su liberación bajo fianza, Carpentier conoció a Robert Desnos, con quien planeó su autoexilio a Francia, país en el que permanecerá poco más de una década. En 1939 regresa a Cuba y de 1945 al 1 de enero de 1959 se instala en Caracas, en donde trabaja como escritor, periodista y catedrático de la Universidad de Venezuela.

Todas estas circunstancias se ven reflejadas en sus obras, ya sea en la temática de la identidad latinoamericana, la idea de un estilo barroco perenne e inmanente a América Latina, la transculturación entre Europa y América, la diacronía de civilización y barbarie, el planteamiento de la revolución como una necesidad americana, o bien, en la transtextualidad de grandes clásicos como Cervantes, Rabelais, Proust, Shakespeare, Montaigne, Spengler, Baudelaire, Sartre, Breton y otros surrealistas, en la literatura y la filosofía; Stravinsky, Vivaldi, Haendel, Scarlatti, Beethoven y Heitor Villalobos, en la música; y, en relación con la pintura, la producción surrealista europea y muralista mexicana. Además, se encuentra en Carpentier la alusión a temas esotéricos y mitológicos que influirán en su concepción de *lo real*

⁴Entrevistas. Alejo Carpentier. Compilación, selección, prólogo y notas de Virgilio López Lemus, Editorial Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 1985, p. 162.


⁵Alejo Carpentier, *Razón de ser*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 1984, p. 69.

⁶Citado por Alejo Carpentier en su “Pequeña antología complementaria”, en *Razón de ser*, p. 127.

⁷Alejo Carpentier, “Conciencia e identidad de América”, en *Razón de ser*, p. 27.

maravilloso, comprendido como el modo en que se manifiesta, se percibe y se trata estéticamente la realidad de América. En cuestión de poética, es decir, en su concepción del arte, Carpentier afirma en su libro *Razón de ser* que la característica y el significado del arte de América Latina se construyen a partir de la intervención de dos elementos: el estilo barroco y lo real maravilloso, siendo ambos resultado del mestizaje, ya que, según él, “todo mestizaje engendra un barroquismo”⁵ y, al mismo tiempo, de los elementos mestizos generadores del barroquismo surge lo real maravilloso. De acuerdo con esta teoría, el barroco es una constante en América Latina, porque desde antes de la llegada de los conquistadores el continente ya era barroco en su naturaleza y en su arte; con la llegada de los hispanos al Nuevo Mundo se da el mestizaje, con lo cual la expresión barroca se desarrolla con mayor plenitud, puesto que a los elementos barrocos europeos el artesano indio añade los suyos. Desde entonces hasta la fecha, asegura el autor de *Tientos y diferencias*, los factores del ambiente físico y social han influido en la formación del hombre hispanoamericano.

Valgan estas líneas como un sencillo homenaje que bosqueja los pasos que Alejo Carpentier siguió para concebir la existencia de una estética latinoamericana en la que se conjuntan elementos de las distintas razas que conforman nuestra “América mestiza” y en la que se confirma, con personajes como Sofía (de *El Siglo de las Luces*), el Indiano o Filomeno (de *Concierto Barroco*), Ti Noel, Mackandal y Bouckman (de *El reino de este mundo*), lo dicho por José Martí y lo vivido por próceres como Benito Juárez (en México) o José Gervasio Artigas (en Uruguay): “No hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas”⁶. Repúblicas en las que debemos asumir con responsabilidad estas palabras de nuestro autor:

La historia de nuestra América [debe] ser estudiada como una gran unidad, como la de un conjunto de células inseparables unas de otras, para acabar de entender realmente *lo que somos* y qué papel es el que habremos de desempeñar en la realidad que nos circunda y da un sentido a nuestros destinos. Decía José Martí en 1893, dos años antes de su muerte: “Ni el libro del europeo, ni el libro del yanqui, nos darán la clave del enigma hispanoamericano”, añadiendo más adelante: “Es preciso ser a la vez el hombre de su época y el de su pueblo, pero hay que ser ante todo el hombre de su pueblo”. Y para entender ese pueblo -esos pueblos- es preciso conocer su historia a fondo, añadiría yo.⁷ 

Elisena Ménez Sánchez (Teoloyucan, 1970). Escritora mexicana, residente en la ciudad de Toluca. Es becaria del Centro Toluqueño de Escritores, licenciada en Letras Latinoamericanas y actual estudiante de la Escuela de Escritores de la Sociedad General de Escritores de México (SOGEM). Su material poético se encuentra incluido en diversas antologías de México, España y Uruguay, y en el poemario *Carcaj de palabras*.